

Asamblea de Educación 2016
“100 AÑOS SEMBRANDO ESPERANZA”
Quebrada de la Virgen, Los Teques, 27 al 29 de abril



**Opciones apostólicas de fondo en los 100 años
de la Compañía de Jesús en Venezuela**

JOSEBA LAZCANO, sj

Ante el tema que me han propuesto de las “opciones apostólicas de fondo”, tengo que empezar por decir que esta historia se inició con una opción **muy de fondo** de la Provincia de Castilla, que se tomó muy en serio la petición del Nuncio Cortesi y del Arzobispo Rincón González (ambos de nombre Felipe). Apenas catorce años después de la llegada de los tres primeros jesuitas, ¡ya eran 68 los enviados a Venezuela!

Y, al recorrer los actores de estos cien años de historia, es obligado añadir que, además de cantidad, enviaron calidad. Puedo añadir el testimonio personal, años más tarde, del P. José Manuel Vélaz, en ese momento Provincial de Loyola. Afirmaba rotundamente: *¡tendrá que reconocer que enviamos a Venezuela gente buena!*

1. La Iglesia que nos llamó y la sociedad que nos recibió

La polarización que supuso –también en el clero– la guerra de la Independencia dejó muy debilitada la institución eclesiástica. Pero sin duda fueron más nefastos para la Iglesia los tres gobiernos del autócrata ilustrado Antonio Leocadio Guzmán (1870-1877, 1879-1884 y 1886-1888). Como consecuencia lógica y evidente, tenemos que en 1889 –al llegar las primeras religiosas (las Hnas. de San José de Tarbes) en el gobierno de Rojas Paúl– había en todo el país 154 sacerdotes menos (393) que solo en Caracas al comenzar la guerra de la Independencia (547).

Es cierto que, para cuando llegaron los jesuitas, ya estaban establecidas en Venezuela 9 congregaciones religiosas femeninas (¡7 de ellas, fundaciones venezolanas!) y 6 masculinas. Pero, lógicamente, la necesidad más sentida era la promoción y formación de vocaciones sacerdotales venezolanas. Esto se hacía más evidente –también, lógicamente– en la teología propia de esos años: el sacerdote era el actor fundamental en el “Proyecto de Restauración”, que tenía como referencia nostálgica la cristiandad colonial y aun la medieval.

Por otra parte, la “sociedad venezolana” –si la entendemos como las élites sociales– era soberbiamente positivista y anticlerical, y despreciaba todo lo religioso. En palabras del P. Ángel Danboriena, *“fuera del positivismo, reinaba la negra noche oscurantista, la reacción clerical, el dogmatismo inquisitorial y el atraso cavernícola”*.

Y, en concreto, respecto de los jesuitas, esas élites tenían interiorizados, muy acriticamente, los mitos sobre los perversos jesuitas. Pero esa misma sociedad era consciente de la necesidad de buenos educadores, y habían escuchado que los jesuitas lo eran: se encontraban en la tensión entre el pudor y el deseo. Es muy expresivo un párrafo de Laureano Vallenilla Lanz:

Libre pensador', 'determinista', 'positivista' en toda la extensión que racionalmente quiera darse a estos conceptos, soy, sin embargo, el primero en condenar el indiferentismo religioso de nuestro pueblo [probablemente, quería decir de nuestras élites], que, lejos de ser una demostración de cultura, como vulgarmente se cree, es signo inequívoco de barbarie, porque nada es más conforme con la naturaleza humana que el instinto religioso, y nadie puede desconocer su importancia como freno moral para las multitudes.

No sé si es extrapolar las palabras de Vallenilla, pero a mí me suenan a un machismo muy propio de esos “intelectuales”, que consideraba buena la moral cristiana para que sus mujeres e hijas se portaran bien, y también me suena a un clasismo social y político que entendía que también es buena la moral cristiana para que las masas populares tengan su freno. Lo cierto es que inscribió en el Colegio San Ignacio a su hijo Laureano Vallenilla Planchart (que iba a ser el intelectual del proyecto perezjimenista).

Y, si entendemos a la “sociedad venezolana” como la gran mayoría del pueblo de estas tierras, el liderazgo eclesial veía en esa sociedad –más allá de su religiosidad popular, obsecuente con la autoridad religiosa– una gran “ignorancia religiosa” y una generalizada “corrupción de las costumbres” (¡sin duda querían decir que la gran mayoría vivía en concubinato...!). Posiblemente, no existió documento eclesial alguno en que no aparecieran, inseparables, “la ignorancia religiosa” y “la corrupción de las costumbres”.

Esa institución eclesiástica que llama a los jesuitas y esa sociedad que los recibe serán la referencia y el sentido de las vidas apasionadas de los que nos han precedido en estos cien años.

2. El “servicio a la Iglesia” y el “servicio en la Iglesia”

Estas dos expresiones –con sus diversas connotaciones– pueden englobar las “opciones apostólicas de fondo” de los jesuitas que nos han precedido. Sin duda, son el “principio y fundamento” de nuestra misión histórica en Venezuela. Para eso fuimos llamados. En eso entregaron sus vidas los 231 compañeros que nos han precedido. Y esa sigue siendo nuestra opción apostólica de fondo.

El “servicio a la Iglesia” tiene una connotación de referencia a la institución eclesiástica, sobre la que Ignacio habla de “*nuestra sancta madre Iglesia hierárchica*” y de la “*vera sposa de Christo nuestro Señor*”.

El “servicio en la Iglesia” tiene una connotación más amplia, tanto en la vida de Ignacio y sus primeros compañeros como en los jesuitas en Venezuela. Es de justicia añadir que las autoridades eclesiásticas propiciaron eficazmente este trabajo de los jesuitas **en la Iglesia y desde la Iglesia**, en las múltiples obras que emprendieron. En todo caso, el servicio **a la Iglesia** y el servicio **en la Iglesia** son dos dimensiones de una única misión.

Al llegar a Caracas los primeros jesuitas, apenas había 30 jóvenes en el Seminario Metropolitano de Caracas: 25 en el Mayor y 5 en el Menor. Al entregar los jesuitas la administración del seminario de Caracas, eran 138 los seminaristas.

En los primeros 38 años de presencia de los jesuitas en Venezuela (1916-54), el Seminario, convertido en Interdiocesano diez años después de fundado, fue su primero y principal servicio a la Iglesia venezolana, incluidos los 20 años (1933-54) de atención al Seminario Menor de Coro

El hacerse cargo del Seminario (y aun de la construcción de nueva sede, inaugurada en 1921 como parte de las celebraciones del centenario de la batalla de Carabobo, con la presencia del “Benemérito”) implicó otros muchos apoyos a párrocos de Caracas y la atención pastoral a los nacientes barrios pobres del Oeste (Pagüita, Monte Piedad, Cañada de la Iglesia, Lídice, Catia...), incluidos los “pueblitos cercanos” de Antimano, Petare y Rincón de El Valle... Y en Semana Santa y en las vacaciones de fin de curso misionaban por todas las poblaciones medianamente importantes del país.

En este servicio eclesial de formación de sacerdotes, además de los equipos formadores de los seminarios de Caracas y Coro, no podemos dejar mencionar algunos nombres de jesuitas que apoyaron y continuaron esa misión hasta tiempos más recientes, como los PP. Víctor Iriarte, Leocadio Jiménez, Jacinto Ayerra, Hermann González y, más tarde, en el Pío Latino Americano, José Cruz Ayestarán y Adolfo Hernández y, más recientemente en el Hatillo, Guillermo Beaumont.

Y, más allá de la formación de sacerdotes, en este servicio a la Iglesia, han sido notables dos modalidades muy fecundas, a veces integradas, a veces separadas. Son las parroquias y las residencias.

Ya en 1922, desde el Seminario, se vio la necesidad de una residencia que acogiera a otros jesuitas dedicados a tiempo completo a ministerios pastorales de la ciudad. Al respecto, se dio la confluencia, por una parte, del interés personal del Arzobispo Rincón González y del Nuncio Cortesi y, por otra, la voluntad del venerable anciano sacerdote Calixto González, para que la Compañía se hiciera cargo la iglesia de San Francisco. Es inmenso el servicio que esta iglesia y residencia han prestado y siguen prestando.

Algo similar ocurrió con la iglesia y residencia San Felipe en Maracaibo, que, además de propiciar la fundación del Colegio Gonzaga, creó las parroquias de Sierra Maestra y El Manzanillo y atendió al Barrio Bolívar.

En este servicio a la Iglesia, destaca como la historia más edificante, la atención pastoral a Paraguaná entre 1936 y 1997, confiada a los jesuitas, en exclusiva hasta 1953 y muy mayoritariamente a partir de ese año. Unos 70 jesuitas entregaron sus sudores en esos secos arenales paraguaneros por 61 años.

No menor ha sido –y sigue siendo– la atención a una cincuentena de parroquias por todo el país, frecuentemente con residencias que han implicado el servicio pastoral de otros muchos jesuitas.

También en este servicio a la Iglesia, hay que incluir otras muchas actividades como las misiones populares (sobre todo en las primeras décadas), la atención a las confesiones, los acompañamientos espirituales y –especialmente, como lo más propio de la Compañía– las ofertas de los Ejercicios Espirituales a obispos y sacerdotes, a religiosas y religiosos y a laicos, por todo el país.

3. Movimiento y Organización

Es ley sociológica que los movimientos se institucionalizan en organizaciones. Y, a su vez, las organizaciones con vocación de persistencia necesitan alimentarse con el espíritu del movimiento que las generó.

Evidentemente, la experiencia de Ignacio y sus compañeros fue la de un “movimiento”, inspirado y fundamentado fuertemente en los Ejercicios Espirituales. En ese sentido, es significativo que, en los 16 años entre la aprobación de la Compañía y la muerte de su fundador, se habían incorporado ya al movimiento ignaciano un millar de jóvenes, que estaban ya presentes, no solo en varios países europeos, sino también en Brasil, en la India y en el Japón (¡Javier ya había muerto a las puertas de China...!). ¡Expansión admirable para aquellos tiempos con los medios de comunicación tan primitivos, escasos y lentos...!

También es evidente que la Compañía es una de las instituciones más fuertemente estructuradas, desde las Constituciones hasta las “Reglas Comunes” o las *Practica Quaedam* o *Acta Romana* y aun los “Costumbreros” de las Provincias, en las que nos formamos los de nuestra generación. Tanto es así que es comprensible que no pocos –con un conocimiento muy superficial de la Compañía y de su espíritu– hayan interpretado a la “milicia de Ignacio”, con el “General” al frente, con categorías militares.

La misión encomendada a los jesuitas en 1916 de hacerse cargo del Seminario Metropolitano implicaba una lógica operativa de una organización, consciente y capacitada para cumplir con sus tareas. Igualmente, la fundación y desarrollo de diversos colegios no se podía dar sino en la lógica de una organización, con mucha experiencia acumulada. Pero el “cómo” se dio eso históricamente y la gran variedad de iniciativas y emprendimientos que trascienden a esas organizaciones no son comprensibles sin una fuerte motivación y una implicación personal apasionada, atributos más propios de un movimiento que de una organización. Es decir, no son comprensibles sin una fuerte espiritualidad. Tal vez, debemos decir que no son comprensibles sin la presencia y acción del Espíritu de Dios.

Como expresión simbólica de lo que queremos decir, podemos mencionar a dos jesuitas históricos, a los que se les reconoce, a uno, como el “apóstol de los barrios del oeste de Caracas” y, al otro, como el “apóstol de los obreros en Venezuela”. ¡No ameritaron esas designaciones porque estaban desocupados en el seminario y se dedicaron a otras actividades...! Martín Odriozola, además de las tres asignaturas que enseñaba, era ministro de la comunidad y prefecto de disciplina del Seminario. Y Manuel Aguirre ejercía, por lo menos en sus primeros años, su docencia ¡en cinco asignaturas...! Ambos trascendieron muy creativamente las tareas encomendadas por la organización del seminario.

Igualmente es expresión simbólica elocuente el “descubrimiento” del Provincial Víctor Iriarte al acercarse a las regiones orientales con ocasión de la fundación del Loyola-Gumilla en 1965: descubrió el valor estratégico de las parroquias más allá de las atenciones pastorales que ellas imponen. Casi con conciencia de culpa, reconocía que *“nosotros no nos habíamos extendido por aquellas tierras, y parecía que, con la apertura del Colegio de Puerto Ordaz, sonaba la hora propicia para comenzar allí nuestras actividades”*.

Hablaba Iriarte de conversaciones sostenidas con los obispos de la región, de la posibilidad de *“parroquias-residencias de tipo un poco singular en Barcelona, Puerto La Cruz, Cumaná, Ciudad Bolívar y Maturín”*, y preveía que:

...a la labor pastoral se añadiría el cuidado de Liceos, Escuelas Profesionales, y la labor social...; la magnitud de la obra, la dureza del clima y la pobreza de nuestras Residencias reclamarán la mayor abnegación. Es el signo de los tiempos, y la Compañía debe lanzarse a esta empresa con toda generosidad.

Otra experiencia más reciente es la de nuestro querido Acacio Belandria. En sus búsquedas apasionadas de que la nueva pastoral latinoamericana tenía que trascender nuestras institucionalizaciones demasiado rígidas, terminó por descubrir y proclamar –particularmente en el caso de El Nula– que la parroquia era la mejor plataforma para la pastoral que él soñaba.

Esa lógica apasionada de iniciativa y emprendimiento, más propia de un movimiento que de una organización, está no solamente en el origen de cada “obra” jesuítica, sino también es, probablemente, la característica más englobante del trabajo de los jesuitas en estos cien años en Venezuela.

4. Educación y formación

Apenas siete años después de la llegada de los primeros jesuitas al Seminario Metropolitano de Caracas, en 1923, nacía el Colegio San Ignacio. Sin duda, el San Ignacio ha sido el buque insignia de la presencia de los jesuitas en Venezuela.

Al San Ignacio le siguieron el Colegio Internado San José de Mérida (1928), el Colegio Gonzaga de Maracaibo (1945), el Instituto Educativo Tamare (1959, como *Statio* dependiente del Gonzaga, que tuvo una duración de cinco años), el Colegio Javier de Barquisimeto (1953-83), el Instituto Técnico Jesús Obrero de Catia (1948) y el Colegio Loyola-Gumilla de Puerto Ordaz (1965),

Cuando uno recorre los testimonios –antiguos y recientes– de los ex alumnos de los colegios jesuitas, es constante una triple referencia: 1) sería disciplina y alto nivel de exigencia; 2) acompañamiento cercano y personalizado; y 3) proyección hacia el futuro, especialmente en sus responsabilidades sociales y políticas.

Por supuesto, la obra educativa de los jesuitas en Venezuela trasciende a esos siete colegios. Y no lo decimos solo por las grandes obras educativas de la UCAB y Fe y Alegría.

Podemos dar un vistazo rápido a las obras históricas y actuales de la Compañía en estos cien años: los Seminarios de Caracas y Coro, las parroquias y residencias, los Círculos Obreros, los sindicatos y los Cursillos de Capacitación Social de Manuel Aguirre, los Centro Gumilla de Caracas y Barquisimeto, la Misión Obrera, las Casas de Ejercicios Espirituales, CERPE, el Hogar Virgen de los Dolores, la Distribuidora Estudios, los proyectos indígenas, el movimiento juvenil Huellas...

Prácticamente todas las obras de la Compañía en Venezuela tienen una fuerte dimensión educativa, especialmente en lo que la educación jesuítica tiene de más profundo, que es la formación personalizada. A su vez, todas las obras formalmente educativas ofrecen oportunidades de atención espiritual personalizada y de proyección sociopolítica.

5. La incorporación de los laicos y la consolidación de las redes

En las primeras décadas de los jesuitas en Venezuela, las diversas obras eran llevadas casi exclusivamente por jesuitas. En los colegios, generalmente, los únicos docentes laicos eran los profesores de Historia Patria, por comprensible exigencia del Ministerio de Educación. Los maestros de Primaria en nuestros colegios eran casi exclusivamente Hermanos jesuitas, no pocos de ellos verdaderamente eximios educadores.

No podemos continuar sin insertar un párrafo de reconocimiento –aunque insuficientemente– al extraordinario aporte de los Hermanos jesuitas en nuestra historia, muchos de ellos, hombres

fuera de serie. Sin duda, la Provincia Venezolana de la Compañía de Jesús ha sido una de las más privilegiadas en el mundo por la cantidad y la calidad de los Hermanos. De los 231 jesuitas que han pertenecido a esta Provincia, ya fallecidos para la fecha centenaria, 66 han sido Hermanos: es decir, el 32%.

Lógicamente, a lo largo de los 100 años, con el crecimiento y la diversificación de las obras jesuíticas, ha ido creciendo también la participación, en números absolutos y porcentuales, de los laicos. No menos importante que ese crecimiento cuantitativo, ha sido –va siendo...–, desde hace un par de décadas, la evolución cualitativa del sentido de esa participación: se va pasando de ser colaboradores de los jesuitas a colaboradores con los jesuitas en una misión común, con una espiritualidad compartida. Y esto, aun en funciones directivas.

Será lógico que no pocos jesuitas, con sus cualidades naturales, con la buena formación que tradicionalmente ofrece la Compañía y con las capacitaciones oportunas, puedan gestionar obras jesuíticas importantes y complejas. No menos importante para ese tipo de obras podrá ser la persona con *auctoritas* –por su sabiduría personal, por su liderazgo espiritual, por su identidad con la obra...– para acompañar a laicos a quienes se les encomienda su gestión. En todo caso, no puede ser la condición de “hijo del dueño” la determinante para que tenga que estar al frente de la obra.

Sin duda, la experiencia de Fe y Alegría –en Venezuela y más allá– ha sido un importante aporte que la Compañía, institucionalmente, ha ido asumiendo.

Mirando los catálogos, es evidente la disminución y el envejecimiento de los que han ejercido responsabilidades importantes, al igual que el cierre de no poca obras. Sin embargo, la presencia e incidencia de obras jesuíticas importantes no es hoy menor que en las décadas anteriores con numerosos jesuitas.

Tomemos un caso expresivo. En los primeros diez años del Centro Gumilla, a partir de enero del 68, nos incorporamos al Centro 21 jesuitas. Hoy, apenas son tres o cuatro –y con tiempos muy parciales– los jesuitas del Gumilla. ¡Y no es menor que ayer su incidencia en el país...!

La incorporación de los laicos en nuestras obras y la integración –sin duda creciente en los últimos años– de las diversas obras jesuíticas, juntamente con una efectiva conciencia eclesial y la natural apertura a otras redes eclesiales o laicales– es el hecho social más importante que está aconteciendo entre nosotros. Esta es hoy, para nosotros, la “**opción apostólica de fondo**”. Las Redes Regionales están empezado a ser pasos esperanzadores en el camino correcto...

Al respecto, permítanme, para ir terminando, una cita, un poco larga, del P. General Adolfo Nicolás, hace apenas un mes:

En la actualidad –dice el P. Nicolás– encontramos que son tantos los seculares con deseo de trabajar por los demás y con interés en la espiritualidad ignaciana, que nos vemos obligados a considerarlo como un signo de que los nuevos tiempos, y Dios con ellos, nos invitan a trabajar de modo diferente. En otras palabras, no podemos seguir pensando que nuestro trabajo es "nuestro", o que estamos llevando a cabo "nuestra" limitada misión, sino más bien que somos solamente, en la Iglesia, una mínima parte de la misión de Dios.

En realidad estas obras nunca fueron "nuestras", sino que eran parte de una empresa más grande. Si la historia y la realidad son el modo que Dios tiene de decirnos que debemos cambiar y ser flexibles para responder a nuevos desafíos, quizá nos está conduciendo hacia maneras nuevas de ser ministros suyos. Quizá nos está obligando a repensar cuál es nuestro

papel en las instituciones, quizá nos está invitando a refundar la Compañía y hacer de nuestro tesoro ignaciano un patrimonio que se ofrece a sacerdotes y seglares, a todos los que desean compartir la visión y la misión de Ignacio. (Fin de la cita: Adolfo Nicolás, Servicio Digital de Información SJ. 21 marzo 2016)

Y termino:

Después de haber leído muchos papeles envejecidos...

Después de haber recordado muchos rostros y corazones de compañeros que nos han precedido...

Después de sentirme chiquito ante grandiosas osadías y de fidelidades silenciosas desconocidas por los más...

Después de llorar en largos silencios de consolación porque Dios me ha puesto en esta historia...

Después de comprender que esta Venezuela, hoy tan necesitada, cuenta con el inmenso capital social de los comprometidos en el camino ignaciano –con el SJ o sin el SJ después del apellido–... solo me cabe decir una breve frase,.. Sé que es una frase socialmente no aceptada porque incluye una grosería y, además, constituye un galicismo imperdonable en uno que ha sido corrector de textos en la revista SIC por 24 años. La frase que me sale de dentro es:

**¡¡¡Cooooñññooooo...
ahora es que vale la pena ser jesuita,
con el S.J. o sin el S.J. detrás del apellido...!!!**